

Recuerdo de Héctor Xavier*

RENÉ AVILÉS FABIÁ

Pareciera que, en mi caso, es el momento de hacer recuentos: la lista de camaradas y amigos muertos comienza a ser preocupante. Entre otras grandes figuras ausentes está la de Héctor Xavier. México cumple diez años sin su presencia, sin su prodigioso arte. A Héctor lo conocí por su soberbio trabajo llamado Punta de plata, la técnica utilizada por Leonardo. Para redondear la serie de animales que dibujó en el zoológico de Chapultepec, le pidió a Juan José Arreola escribiera o describiera a cada uno de ellos. El resultado fue asombroso. Publicado por la UNAM, el breve tiraje pronto quedó en manos de coleccionistas. Más adelante –los caminos de la historia son enigmáticos–, Arreola volvió a publicar los textos ya sin los dibujos de Héctor Xavier y con otro título más afortunado para un literato: Bestiario. La obra de dos artistas de genio se fracturó y cada una corrió su propia suerte, mejor la del escritor que la del dibujante.

Héctor Xavier nació en Tuxpan en 1921 y ya en la Ciudad de México fue caricaturista y retratista ambulante y en 1945 asiste a La Esmeralda para muy pronto exponer colectiva e individualmente. Dentro de la biografía de Héctor Xavier, fuera de su inmensa calidad de

dibujante, no existe nada escandaloso. Uno de sus primeros aciertos fue la fundación de la renovadora Galería Prisse, hazaña llevada a cabo en compañía de Enrique Echeverría, Alberto Gironella y Vlady, entre otros, como logrado intento de frenar el absolutismo de la Escuela Mexicana de Pintura. Su vida es discreta, callada, concentrada en su arte. A su alrededor se consolida la ruptura encabezada por artistas menos callados y discretos y él, que fue parte del movimiento, apenas figura en las historias sobre el tema. Sus años en Europa parecen más afortunados en cuanto a la aceptación de su trabajo: se vincula a Brancusi, observa a los clásicos y a las vanguardias, experimenta y realiza diversos trabajos de talla.

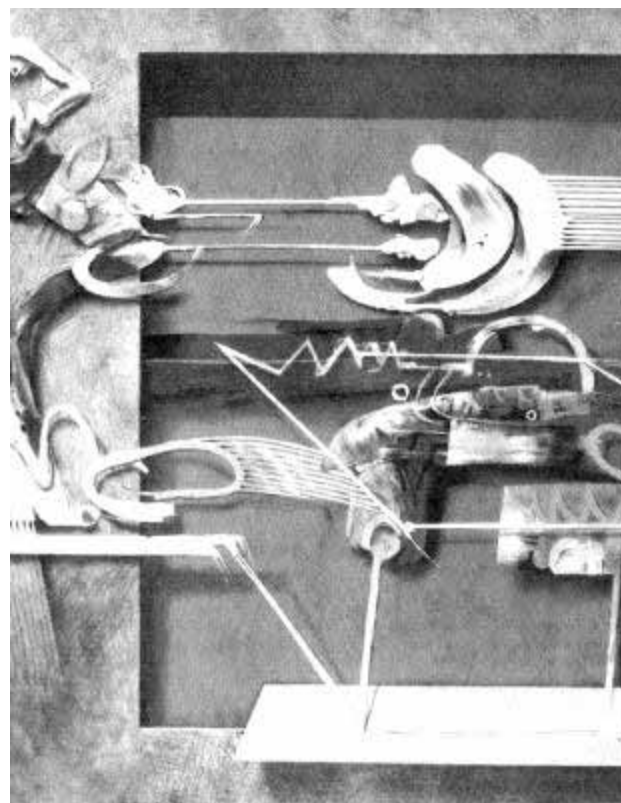
Héctor Xavier persiste en ocultarse del ruido y de los reflectores y dibuja lo mismo personajes que símbolos amorosos y animales, crea de este modo un extraordinario zoológico fantástico que va desde el detalle (la cabeza de un caballo) hasta la elaboración minuciosa de unicornios, búhos, hipopótamos y cebras.

Cuando lo conocí (nos presentó el poeta Antonio Castañeda, también fallecido), Héctor Xavier era una enigmática personalidad. No olvidaré nuestro primer encuentro para ir a tomar una copa. Fue en Bucareli y Paseo de la Reforma y el artista estaba vestido con impecable elegancia. Me llamó la atención que hablara

más de literatura y de literatos que de artistas plásticos y cuadros, de la obra de otros, más que de la suya propia. Su amistad con escritores: Juan José Arreola, José Revueltas, Jaime Labastida. Tiene razón Raquel Tíbol cuando afirma que era un artista de “gran honestidad espiritual y humana”, no había más que escucharlo y luego visitarlo en su departamento estudio de la colonia Nápoles y comprobarlo. Durante ese primer encuentro le dije que yo tenía en mi poder dos retratos hechos por él, dos tintas tomadas del natural: Alejo Carpentier y Jorge Luis Borges. Su rostro se iluminó: ¡Qué fortuna, los tienes tú! Los perdí de vista luego de que los compró uno de los Matos Moctezuma. Sí, repuse, me los vendió Rafael. El artista concluyó aliviado: En tu casa están bien, son dos escritores en manos de otro escritor. Para mí fue desconcertante: Héctor Xavier seguía preocupado por dos cuadros que hacía tiempo había tenido que vender. Ya en su casa comprobé que tenía una gran cantidad de obra suya, perfectamente ordenada: al hombre no le gustaba deshacerse de su trabajo y si tenía que hacerlo seguía la trayectoria de muchos de sus dibujos, la ruta que los distanciaba del autor. Qué lejos estaba Héctor del artista empresario que ya desde entonces comenzaba a gestarse como símbolo perfecto del cambio de épocas, y de aquel que recurre a la publicidad o al escándalo para promover su trabajo o que, por último, busca el apoyo del poder político o económico.

Del momento en que le conocí, cuando entablamos una cordial amistad que solía desarrollarse entre cafés y helados de Chiandoni, Héctor Xavier colaboró con el suplemento cultural El Búho, entonces dentro del diario Excélsior, hoy, desde hace cinco años, convertido en revista mensual independiente. A veces él iba a mirar cómo hacíamos la sección, pero lo más frecuente era la presencia de sus hijos que llevaban sus materiales para ilustrarla. Héctor nunca dejaba de sorprenderme con su voz baja y sus relatos de amistades extraordinarias. Pero aquellas amistades ya distantes habían provocado, de

una u otra manera, la atención sobre su trabajo escrito o pintado, mientras que mi admirable amigo seguía aferrado a un mundo silencioso. Una vez me mostró con timidez unas cuartillas escritas a máquina: Es un artículo de Pepe Revueltas sobre mi trabajo. Lo escribió hace años y permanece inédito. ¿Lo publicarías? Por supuesto, Héctor, respondí emocionado porque el dibujante me estaba entregando un ensayo desconocido sobre su inmenso trabajo estético hecho por otro gran artista. Tengo la impresión de que en un muy alto porcentaje, uno siempre es el promotor de su propia obra, tal vez debido a la ausencia de una gran crítica especializada de corte académico que aborde a los autores y los trabajos conforme vayan apareciendo. Héctor Xavier me parecía reacio a la publicidad, ajeno al mundo de carne y hueso, viviendo eternamente en un idílico sitio donde reinan el arte y la pobreza. Recuerdo una vez, cuando recibí el premio nacional de periodismo que concedía el



Oswaldo Sagástegui

gobierno de la República, me parece que entonces unos cincuenta mil pesos: Rosario y yo decidimos gastarlos en obra de Héctor Xavier y fuimos a verlo. Nos recibió con pocas palabras de afecto y cariño. Distraídamente miró cómo uno de sus hijos me mostraba una larga serie de brillantes dibujos: no parecía interesado, estoy completamente seguro, en vender. Adquirí una tinta erótica, en verdad portentosa y dos o tres animales, uno de ellos fantástico: un unicornio confeccionado con punta de plata. La velada se extendió y Héctor estuvo taciturno, podría decir que sombrío. ¿Le dolía separarse de algunos de sus más hermosos trabajos o aquella no era una buena noche? Lo ignoro. Siempre lo recordaré, imposible evitarlo, como un hombre introvertido, un artista envuelto por recuerdos o pensamientos poco terrenales, alguien distante de la cotidiana bajeza de la sociedad.

Hace poco Miriam Kaiser redondeó una idea de Raquel Tibol, según la cual Héctor Xavier asumió el dibujo como algo definitivo y no como un simple ensayo o trabajo previo para un óleo o un mural. Para Héctor Xavier el dibujo lo era todo, allí se probaban las fuerzas del creador, su poderío, su genio y talento. No se trata de un arte menor sino una gran expresión artística. Estoy de acuerdo, pero hay una tendencia casi universal y no por ello correcta, a dividir las artes: en el mundo de la plástica triunfa el color, la tela, el óleo o el mural, en la literatura el género rey es la novela en detrimento del pequeño relato. Pero no todos los escritores han alcanzado la notoriedad haciendo novelas; tales son los casos de Poe, Quiroga, el propio Arreola y Borges. Chopin y Liszt hicieron música memorable gracias a obras pequeñas y no a las interminables de Wagner o Verdi.

Héctor Xavier era un artista más bien solitario y profundo al que le bastaban unos cuantos trazos para mostrar una enorme intensidad. Le dio al dibujo una grandeza inigualable o quizá, dicho de otra forma, revolucionó la técnica del dibujo y de simple boceto lo transformó en arte acabado, definitivo. Por ello, el poeta

Marco Antonio Campos escribió: “Retraído y tímido y a la vez explosivo, habitando sombras, oscureciéndose y tomando la vida a carcajadas y mandándola mexicana-mente al carajo, Héctor Xavier ha sido desesperadamente fiel a sus contradicciones y ha querido y ha llegado a ser el dibujante que habla más consigo mismo que con los demás. En prolongados silencios, pero con una constancia, donde no está excluido el desprecio valeroso del que se sabe un artista notable, y una coherencia calculada, ha hecho una obra y la obra lo ha hecho. Para que el leve dibujo sea más leve en el pico y en el vuelo de los pájaros. Cuevas, Aceves Navarro y él han abierto las puertas y ventanas de la casa para que el dibujo sea tan notable como nuestra mejor tradición pictórica.”

No hay duda alguna de que siguen faltando los análisis críticos sobre Héctor Xavier y su obra, las biografías agudas que nos muestren su derrotero y expliquen sus valores estéticos. Sigue siendo un extraño en nuestras artes plásticas. Alguien oculto en un reducido estudio, observando al mundo o quizá sustrayéndose a sus peligros y vulgaridades, obstinado en no mostrarse ni mostrarnos su prodigioso arte.

Héctor Xavier no era de este mundo, el suyo era el mundo del arte y ello es fácil de probar: pocas cosas hay tan hermosas como pararse ante un cuadro de su autoría y mirarlo largamente.

Nunca he podido desprenderme del recuerdo de un hombre tímido, discreto, dueño del sorprendente arte de dibujar. Lo imagino (ya que nunca lo vi trabajar) absorto ante el papel, con un lápiz que se desliza sobre la superficie perfecta de la blancura para que aparezcan animales y escenas, rostros y seres que apenas observó: los llevaba internamente, grabados después de una fugaz mirada.

ravilesf@prodigy.net.mx
 www.reneavilesfabila.com.mx

* Palabras en el homenaje en honor a Héctor Xavier llevado a cabo en el Museo de Arte Moderno.